

## Reseñas

Néstor García Canclini, *Imaginarios urbanos*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Serie de Aniversario, 1997, 149 pp.

El dinamismo de las ciudades latinoamericanas ya no se basa en la industrialización sino en la producción y consumo de los medios electrónicos, lo que forma parte de los circuitos de la comunicación que, a su vez, impulsan el desarrollo de la industria cultural, situación que, para Canclini, no es optimista porque en un mundo de economía globalizada la producción para el mercado interno latinoamericano ha retrocedido y lo que se produce para la exportación es poco frente a lo que generan las grandes empresas transnacionales que siguen expandiendo sus redes en la mayoría de los países del mundo. Una parte del futuro de las sociedades y ciudades latinoamericanas se está dejando en manos de los que controlan la globalización de los procesos relativos a la comunicación. Dicha situación tampoco puede ser corregida por el Estado porque, con la instrumentación de políticas neoliberales, ha dejado de lado la regulación o intervención en problemas que, como la contaminación y el tráfico de drogas, han traspasado las fronteras para convertirse en supranacionales. En suma, las sociedades latinoamericanas se encuentran en el mercado mundial en una posición de desventaja. Pero para Canclini ese problema se agrava porque nuestra modernidad no ha favorecido el diálogo entre nuestras diversas culturas sino que, en cambio, se han impuesto los silencios que niegan parte de nuestras raíces históricas.

Las anteriores ideas fueron expuestas en las tres conferencias dictadas en el mes de julio de 1996 por el doctor García Canclini con motivo de los 175 años de la Universidad de Buenos Aires, y son recogidas en este libro. En la primera conferencia, "Después del posmodernismo. La reapertura del debate sobre la modernidad", el autor señala el agotamiento, tanto en América Latina como en los Estados Unidos, del tema de la llamada posmodernidad en los estudios culturales de la década de los años noventa. Para el autor, el planteamiento del problema, por lo menos desde los años ochenta, no se podía reducir a un intento por entender el porqué nuestro continente es mo-

dermo o no, sino por qué la modernidad híbrida, un término acuñado por el propio autor, conformada durante varios años, se está desintegrando ante la concentración de los beneficios o privilegios derivados de los cambios tecnológicos, en pequeñas minorías.

Por otro lado, Canclini reconstruye nuestra modernidad por medio de los siguientes cuatro procesos: emancipación, renovación, democratización y expansión (p. 22). En el primer proceso, los países latinoamericanos vivieron la secularización cultural como producto de la liberalización de sus estructuras políticas que se inició a partir del siglo XIX. Esto, con el tiempo, favoreció la elevación de las tasas de escolaridad y la difusión de la ciencia y las humanidades. Sin embargo, con la caída de las inversiones públicas en educación, ciencia y tecnología, en los años ochenta y noventa, el proceso se ha detenido. Por su parte, la renovación, como resultado de la secularización de las creencias y costumbres, ha favorecido la innovación social y cultural. Pero, nuevamente establece Canclini, al reducirse el presupuesto en educación y producción de las diferentes manifestaciones culturales, los espacios o áreas donde se puede acceder a la cultura, como cines, galerías o librerías, cierran sus puertas por falta de financiamiento que, por lo regular, provenía del Estado. "Las empresas privadas, a las que según la doctrina neoliberal debiera cederse la iniciativa económica, no tienen en América Latina hábitos de patronazgo cultural [...] Sólo las trasnacionales de la comunicación, como Televisa y Globo, aumentan sus inversiones, únicamente en las áreas de recuperación más seguras (televisión, video y revistas masivas)" (p. 26).

A pesar de que se celebra el regreso de los mecanismos de elección partidista en los países latinoamericanos que sufrieron las dictaduras militares, la realidad es que la esfera pública es un escenario que organiza en menor medida la participación popular. En su lugar ha aparecido la videopolítica como un espacio de intercambio de información y polémicas donde se desplaza la confrontación de argumentos por las anécdotas (p. 28). Al mismo tiempo, existe una erosión de las identidades intermedias, de las organizaciones, que ha generado un repliegue de los sectores populares en la familia o, en el caso de los jóvenes, en la banda, y sus acciones se reducen a lo utilitario posesivo o a lo salvaje (p. 30).

Para Canclini, en el último proceso, la expansión se ha reducido a una falta de capacidad de las sociedades latinoamericanas para asegurar no solamente el crecimiento de sus respectivas economías sino de sus niveles de vida. Lo único que se ha hecho, en estas dos últimas décadas, ha sido aumentar la especulación financiera, la corrupción, la deserción escolar y la inseguridad en las ciudades. En caso de existir breves periodos de reactivación económica, ésto no se ha reflejado en un mejoramiento del gasto social ni cultural (p. 31).

El fin de siglo significa para América Latina, entonces, mantener su heterogeneidad, lo que no se reduce a las diversidades étnicas y regionales, sino a un acceso desigual a los bienes producidos por la globalización económica. Esto puede ser la fuente de numerosos conflictos sociales, como la sublevación indígena en el estado sureño de Chiapas, en México, el 1 de enero de 1994. La recesión económica ha afectado la producción de bienes como son los libros, el cine, la televisión y el video que reducen sus posibilidades para competir en la globalización. Una globalización mercantilizada que ofrece novelas “light”, cuya característica principal es la homogenización de las diferencias culturales;<sup>1</sup> un cine y video que fabrica mitos fácilmente comprensibles y que van desde los parques jurásicos hasta los tontos con éxito, pasando por los franksteins (p. 49). Esto está lejos de lo que propone el autor para superar el dilema Estado o mercado, que solamente se puede lograr mediante políticas que coordinen a los diversos actores involucrados en la generación o intermediación de la cultura, lo que en la actualidad no se ha buscado cuando el punto de vista que se ha impuesto es, precisamente, el del lucro. El lucro también orienta las acciones de los encargados de establecer las políticas públicas.

La segunda conferencia, “Ciudades multiculturales y contradicciones de la modernidad”, revisa, de manera general, algunas teorías que han intentado explicar lo que es una ciudad. Definiciones que la consideran como un espacio físico de aglomeración de individuos o infraestructuras físicas y sociales, o lugares donde se expresan sus habitantes por medio de la palabra o la comunicación que permiten conocer diferentes formas de pensar y observar el mundo. Sin embargo, esas definiciones no pueden ayudarnos a explicar los procesos de reconcentración de actividades económicas y de población que algunas ciudades, después de los años ochenta, han empezado a sufrir. La ciudad es, para Canclini, un espacio donde coexisten múltiples culturas (p. 77). Para el caso de la ciudad de México, el investigador encontró la existencia de tres ciudades. Esto solamente lo pudo descubrir al considerar su historia.

La historia de las migraciones le sirve a Canclini para confirmar su idea de que en un mismo espacio han llegado a coexistir grupos étnicos con los de origen europeo. En la ciudad de México se encuentran enclaves importantes de grupos indígenas pertenecientes a las etnias mixtecas o purépechas.

Las tres ciudades que forman la capital mexicana son: la ciudad histórico-territorial, los edificios construidos en la época precolombina y durante

<sup>1</sup> Véase Nick Stevenson (1997), “Globalization, Natural Cultures and Cultural Citizenship”, *The Sociological Quarterly*, núm. 1.

la colonia; la segunda es la industrial, la que impulsó la expansión territorial hacia la periferia generando nuevos asentamientos humanos, una ciudad que se sabe dónde comienza pero no dónde termina (p. 82). Esto es consecuencia de que hacemos pequeños recorridos, para ir a trabajar, de compras, a divertirnos, etcétera. La industrialización de los bienes materiales ha provocado la aparición de las comunicaciones que vienen a sustituir la experiencia del conjunto, por ejemplo, los noticiarios que usan el helicóptero para decirnos cada mañana lo que está sucediendo en otras partes de la ciudad sin necesidad de estar presentes o de conocer ese espacio (p. 83).

La tercera ciudad es la informacional o comunicacional, que se relaciona con el impulso que han tenido las actividades financieras e informacionales. Los procesos de información que rigen la tecnología de gestión y comercialización. Estas urbes han recibido el nombre de ciudades globales. Su arquitectura se caracteriza por “edificios corporativos y *shopping centers*, que son aquí los signos de modernidad o posmodernidad” (p. 86). La ciudad se conecta por el cable, el correo, el fax y los satélites. Por tal motivo, en la definición de la ciudad intervienen elementos sociodemográficos, espaciales y sociocomunicacionales.

La manera en que coexisten los tres tipos de ciudades mencionadas es lo que forma la pregunta central de la multiculturalidad urbana en el mundo de hoy. Una coexistencia contradictoria que muestra tradiciones y precariedades que conviven con lo moderno y lo posmoderno. Una vasta y diversa oferta cultural mundial que no se puede gozar porque se vive a dos o tres horas del museo o de la sala de cine (p. 87).

Al espacio donde culturas de diferentes épocas coexisten a un ritmo acelerado, le llama Canclini la ciudad videoclip. Modos diversos de vida y sus múltiples imaginarios se articulan de una manera compleja porque “construimos suposiciones sobre lo que vemos, sobre quiénes se nos cruzan, las zonas de la ciudad que desconocemos y tenemos que atravesar para llegar a otro destino, en suma, qué nos pasa con los otros en la ciudad. Gran parte de lo que nos pasa es imaginario, porque no surge de una interacción real” (p. 89). Imaginarios urbanos que son parte de la historia urbana y que los literatos han reflejado, en mayor o menor medida, en sus obras. Una manera de estudiar esos imaginarios urbanos, para el autor, es revisando cómo la ciudad es construida en el discurso periodístico diario, en la radio y en la televisión.

Para estudiar los imaginarios urbanos Canclini utiliza el método de la fotografía, es decir, presenta varias imágenes sobre la ciudad a cinco grupos focales, formados por personas de diferente nivel educativo, para conocer la percepción que tienen de los usos del espacio urbano, los problemas de consumo, tránsito y contaminación (p. 96). Este es el tema de su última ponencia.

cia: “Viajes e imaginarios urbanos”. En ésta considera que las ciudades no son solamente para habitarse sino que se viaja a través de ellas. Millones de personas viajan en la ciudad de México entre dos y cuatro horas, largas travesías que permiten recorrer lugares desconocidos donde nos imaginamos cómo viven “los otros” (p. 110). La expansión urbana y de la red de transportes, sean públicos o privados, alteran los modos de vida en las ciudades multiculturales. En consecuencia, se constituye un objeto de estudio para la antropología visual.

La ciudad de México, al ser considerada una urbe multicultural, induce a García Canclini al uso de la fotografía (utiliza cerca de 50), que le permite visualizar las experiencias desarticuladas, fragmentadas, separadas de su contexto y que alcanzan una representatividad más extensa de lo que es la ciudad para sus habitantes (p. 112). Es decir, un fragmento que recorreremos y que nos impide conocerla de una manera total.

Los individuos que circulan por la ciudad reorganizan lo público y lo privado de una manera mental. Las fotografías de los años cuarenta y cincuenta de la ciudad de México, así como fotografías recientes sobre la misma, muestran la continuidad de algunos medios de transporte y otras que establecen las diferencias, como el metro, junto con las imágenes que revelan cambios por los cuales se realizan los viajes y en qué condiciones se hacen para confrontar el pasado y el presente sobre los imaginarios que los entrevistados, integrantes de los grupos de estudio, se han formado durante varios años de viajes por ciertos espacios de la ciudad. Las fotos representaban diversos tipos de viaje que les sugirieron a los grupos los motivos del porqué se viaja: para ir al trabajo, para conseguirlo; vender y comprar; pasear y divertirse; usar servicios; comer; realizar manifestaciones de protesta política y de celebración deportiva o religiosa (p. 120).

Una conclusión del estudio refleja el problema de la fragmentación de la ciudad de México, resultado de su expansión física, debido a que a la mayoría de quienes se le mostró las fotografías consideraba que viajar por la ciudad es una obligación agotadora que deben evitar cuando el trabajo no lo exige. Disfrutar la ciudad es cansado y estresante y, por tal motivo, se prefiere estar en la casa descansando y viendo televisión (p. 122).

En el caso de los sectores sociales con mayor nivel educativo, valoraron más las fotos que les mostraban la parte antigua de la ciudad pero que consideraban que su “belleza” se había perdido por el “caos vehicular” y la contaminación. Mientras, los grupos de medios y altos ingresos consideraban que las migraciones y los vendedores ambulantes habían arruinado el placer de transitar por la ciudad. Rechazaban lo que no era agradable a su vista: imágenes de niños tirados en las plazas o de indígenas pidiendo limosna (p. 124).

Lo que representa la fotografía y la interpretación de quien la observa, muestra una tensión entre lo real y lo imaginario. Por ejemplo, los relatos que aluden a la corrupción o los factores que entorpecen los viajes son hechos sobre sospechas: “eran influyentes o ladrones que viajaban en un carro de marca tsuru” (p. 125). La mirada es de un espacio por donde se viaja y donde ocurren irregularidades o trastornos. Para el policía su papel es hacer que la ciudad funcione y no sucede así por las manifestaciones de protesta, coches estacionados sobre la banqueta, vías rápidas saturadas de autos y con vendedores ambulantes (p. 127). En suma, “entre lo real y lo imaginario, entre lo que se sabe y lo que se supone, entre lo que es bueno para cada uno y cómo cada uno se va acomodando para convivir con lo que le toca” (pp. 129-130). Sus estrategias son de corto plazo e ignoran lo que diferentes especialistas de lo urbano han señalado sobre lo que se debería hacer para cambiar la ciudad. Las propuestas de los viajeros fueron educativas y morales, con un fuerte contenido de responsabilidad individual. Más educación vial y solidaridad.

La conclusión principal es que la ciudad de México, y en esto no hay diferencia con el resto de las ciudades del primer mundo, es una “morada-viaje”, pero aquí surge una diferencia: las largas travesías diarias impiden tener una visión global de la ciudad y, al mismo tiempo, lograr su disfrute. Se individualizan los problemas y se pierden de vista los intereses públicos. Sin embargo, el aspecto cualitativo de la investigación antropológica urbana que el doctor Canclini ha desarrollado, sigue dando frutos que nos permiten tener más conocimientos, en un mundo de economía globalizada, sobre la ciudad de México y las del resto de América Latina.

MIGUEL ÁNGEL VITE PÉREZ

Giovanni Sartori, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, España, Taurus, 1997.

Desde que Marshall McLuhan habló de la posible unificación de los modos de vida de las sociedades, de la pérdida de las identidades y de los sentidos de lugar, así como de la providencial e indefectible llegada de la “aldea global”, la centralidad de los medios masivos de comunicación en el desarrollo de las sociedades se ha vuelto un truísmo. Nunca Occidente se pareció tanto en sus versiones del mundo, como lo muestran las similitudes en los movimientos de derechos humanos y en las aspiraciones democráticas de la mayoría de sus

naciones. Y si bien la revolución de los medios ha permitido volúmenes de información nunca antes imaginados, en los círculos intelectuales ha predominado una visión crepuscular y pesimista de la sociedad “mediatizada”.

Las advertencias apocalípticas no son sólo atribuibles al conservadurismo o a la reacción antimoderna. Así lo muestra el nuevo libro de Giovanni Sartori, que advierte un futuro desalentador como resultado de la embriaguez informativa y de comunicación. Su lectura obliga a adoptar una actitud crítica respecto a lo que se ha vuelto ya parte de nuestra familiaridad: la imagen televisiva.

Sartori se centra en el análisis de los noticiarios. Según su idea, las noticias televisivas influyen decisivamente en la importancia que los ciudadanos atribuyen a los problemas nacionales y en su manera de valorar y evaluar a los dirigentes políticos. Sin embargo, el efecto de la transmisión de imágenes es profundamente nocivo. Fabrica hombres incapaces de abstraerse, sujetos de una pasividad receptiva acrítica. La cultura de la imagen los hace más inmediatistas, no piensan con profundidad y se resignan a aceptar la versión de la realidad que les impone la lógica del mercado televisivo. El resultado es la producción masiva de individuos rústicos y desinteresados en los grandes problemas de la sociedad.

Según Sartori, “la televisión cambia radicalmente el criterio de selección de las informaciones [...] La información que cuenta es la que se puede filmar mejor; y si no hay filmación no hay ni siquiera noticia y, así pues, la noticia no se ofrece, pues no es ‘video digna’”. Por otra parte, las preferencias de la audiencia se concentran en las páginas de sucesos debido a que las grandes cadenas han producido ciudadanos ignorantes e interesados en trivialidades.

Todo esto tiene importantes repercusiones en la vida política de las democracias modernas. Debido a la influencia de los medios, el gobierno democrático es un gobierno suicida. Un gobierno basado en la voluntad del pueblo no es un gobierno del saber, sino de la opinión. Esto significa que la solución de los problemas no pasa por el análisis racional de todas las alternativas, sino por la ponderación simbólica de sus implicaciones. Como la mayor parte de las personas no sabe nada de los problemas nacionales, el gobierno de las mayorías está en manos de la gente más incompetente. La conclusión es tajante, “una democracia no puede existir si no se controla la televisión”.

Los vaticinios de Sartori recuerdan las hipótesis de la escuela crítica de Frankfurt respecto a la dominación, la alienación, y la mediatización de la experiencia inducidas por la industria de la cultura. Según esta escuela, la televisión goza de una forma de autoridad idiotizante, que le vino muy

bien a las ideas autoritarias del fascismo. Dicen Adorno y Horkheimer en *La industria de la cultura*:

El carisma metafísico del Führer [...] ha quedado reducido a la omnipresencia de sus discursos, que son una parodia demoniaca de la omnipresencia del espíritu divino. El hecho colosal de que el discurso penetre en todas partes reemplaza su contenido, del mismo modo que el beneficio de la transmisión de [un concierto de] Toscanini sustituye la sinfonía. Ningún oyente puede captar su verdadero significado, y en todo caso el discurso del Führer es mentira.

La lectura de *Homo videns* deja en la boca algunas inquietantes preguntas: ¿estaremos cegados e incapaces de hacer un juicio correcto de los problemas a causa de la cultura de la imagen? ¿Es tan brutal la manipulación de las televisoras que acaba por destruir la imaginación? ¿Realmente el *homo sapiens* está convirtiéndose en un *homo videns*, en un *homo insipiens* incapaz de concebir abstracciones, impedido para sostener opiniones propias y para distinguir lo verdadero de lo falso, lo real de lo virtual? ¿En realidad, la cualidad del pensamiento se arrincona tanto por efecto de la imagen que, a la larga, terminará perdiéndose como advirtió Darwin de lo que no se usa? ¿No tienen estas ideas un profundo olor a fantasía orwelliana?

Más esperanzadamente, quizá valdría la pena creer que con la presencia de los medios se razona con directrices cualitativamente distintas, pero no se deja, sin más, de ejercer el pensamiento. Nadie puede negar la poderosa influencia de la imagen sobre las conciencias, pero hay que señalar que no es uniforme, porque la receptividad y sensibilidad de los individuos ante la televisión tampoco lo son. A esto último hay que agregar que los medios masivos no son la única instancia de información y socialización. Nos quedan aún las escuelas, la familia y las instituciones que compiten con la televisión por la atención de las personas. Como el mismo Sartori afirma, “la televisión influye más cuanto menor son las fuerzas contrarias en juego”. Con todo, Sartori retrata excelentemente el carácter de la tecnología televisiva, uno de los signos más representativos de nuestro tiempo. Su libro debería ser leído por todos los que alguna vez nos sentimos prisioneros de una serie o una telenovela, para luego decidir si realmente queremos continuar haciéndolo.

JAVIER GONZÁLEZ GÓMEZ



Christopher James Martin, *La educación primaria en tiempos de austeridad*, traducción de Marco Antonio Silva, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/The British Council, 1998, 248 pp.

El doctor Martin, antropólogo inglés, emprendió la realización de este libro con previa experiencia en la investigación educativa, como lo muestran tres artículos publicados en Guadalajara. En 1985 apareció, en la revista *Encuentro*, "Hegemonía, cultura y educación: atisbos sobre el desarrollo de la escuela", que había escrito cuando era investigador de El Colegio de Jalisco. Dos años después, en 1987, entregó para esta misma revista otro artículo: "La crisis de la educación en el primer mundo: el caso de Inglaterra". Como investigador de la Universidad de Guadalajara publicó, en 1990, "Lo ideal y lo real en la educación primaria urbana: dos casos de la zona metropolitana de Guadalajara", compilado en el libro colectivo, coordinado por Guillermo de la Peña, *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, y editado por la Universidad de Guadalajara y el CIESAS.

Empezaré por hablar del título de la edición en español, *La educación primaria en tiempos de austeridad*, que no corresponde al de la edición en inglés: *Schooling in Mexico: staying in or dropping out*, y que podríamos traducir como *La alternativa de la escuela en México: permanecer o desertar*. No refleja el título que deseaba el autor: *Para ser alguien en la vida*, la convicción de los padres que envían a sus niños a la escuela en Zapopan, Jalisco. Pienso que por cuestiones de mercadotecnia, planteadas por los editores, el autor tuvo que aceptar el cambio.

Vayamos al objetivo de este libro. El autor partió de la paradoja que se presenta en México en relación con la educación. Para los padres es muy importante enviar a sus hijos a la escuela "para ser alguien en la vida", apoyan su escolaridad, pero no llevan a la práctica esta convicción, pues las estadísticas demuestran un alto porcentaje de deserción escolar y de alumnos reprobados y repetidores, porcentaje que tiende a empeorar. Para estudiar y entender esta situación, el doctor Martin utilizó información nacional, realizó dos años de investigación en escuelas primarias, donde las tasas de deserción escolar son más elevadas, y comparó sus hallazgos con las respuestas ante la escolaridad en otras partes del mundo. Toda la investigación estuvo cimentada en una sólida evidencia metodológica y teórica que fue expuesta en cada capítulo.

En el estudio de la relación entre los niños y la educación, el autor tomó en cuenta a los padres de familia, la dinámica de la unidad doméstica y la oferta, tan dispareja, de los servicios educativos, porque entiende que la escuela abarca una gran variedad de relaciones sociales, por lo que también prestó atención a los maestros, al desencanto de los padres e hijos de la

escuela y a los problemas del aprovechamiento escolar (reprobación, despilfarro y desperdicio). Igualmente, estudió la vida cotidiana en la escuela, la indiferencia de los maestros, los sacrificios de los padres y la sobrevivencia de los alumnos a pesar de las circunstancias adversas, pues muchos tienen “fe en el valor de ir a la escuela” “para ser alguien en la vida”.

En cuanto al método empleado para estudiar el fracaso escolar, que no es fácil estudiarlo, el autor prefirió utilizar “un enfoque escolar particularizado”, es decir, que en lugar de hacer encuestas en muchas escuelas decidió estudiar dos en profundidad, ubicadas en Zapopan, cerca de Guadalajara, para poder detectar los problemas que se dan tanto en los hogares como en las escuelas.

El método utilizado se refleja en la “arquitectónica” del libro, ya que de la situación nacional pasa a la local y termina en el salón de clases, es decir, primero analiza la modernización educativa y el sistema educativo implantados en México (capítulos 1 y 2); en segundo lugar examina lo que sucede en las dos escuelas en Zapopan, la desigualdad que se construye en las escuelas, la discusión de los currícula escolares y la relación entre política y enseñanza (capítulos 3, 4 y 5), y en tercer lugar estudia a las familias, a los niños. Dentro y fuera del salón de clases a los maestros, y las relaciones entre el hogar y la escuela (capítulos 6, 7, 8 y 9). El doctor Martin utilizó este esquema para probar que las presiones que surgen “desde abajo” transforman y moldean las políticas educativas instrumentadas “desde arriba”. Por esta razón quiso darles la palabra, sobre todo, a maestros, alumnos y padres, principales actores del proceso educativo

La investigación realizada por el doctor Martin muestra en este libro que el gobierno federal presta más atención a la educación técnica y universitaria que a la primaria, porque necesita alimentar el proceso de modernización e industrialización; que la deserción y la repetición en las escuelas ha aumentado y que se ha favorecido más el crecimiento económico que la justicia social.

En relación con las escuelas, el autor recupera la creencia y la certeza generalizada de que “la Secretaría de Educación Pública pone el edificio, los libros de texto y a los maestros, todo lo demás corre por cuenta de la escuela”. Encuentra, además, que el libro de texto gratuito sirve para uniformar la enseñanza en todo el país; que a los maestros se les permite evaluar su propio trabajo; que hay muy poco espacio en el aula para el “currículum oculto” (la forma en que las escuelas socializan a sus alumnos), ya que bastante trabajo tienen los maestros para aplicar el currículum explícito indicado en los programas de estudio.

Acerca de la relación entre enseñanza y política en las escuelas, el autor descubrió que lo que más les preocupa a los maestros es su relación con superiores y colegas, sus propias condiciones de vida y de trabajo, y no su

relación con los alumnos como sucede en otros países, al grado que se han vuelto cínicos en cuanto a su trabajo, pues los maestros perciben su labor como proveedores de un servicio social que es supervisado por el Estado.

El principal hallazgo del libro es demostrar que el factor más estrechamente relacionado con el éxito escolar de un niño es el apoyo directo e indirecto que recibe, sea de su maestro o de sus padres. Si el niño no tiene apoyo cultural y afectivo, con seguridad fracasará. El capítulo que se refiere a esta cuestión es sumamente original, pues en México casi no se ha estudiado la relación entre la escuela y la familia.

A pesar de que debe existir una estrecha relación entre maestros y niños, el autor encontró que en México “hay un notable distanciamiento” entre ellos, por lo que es fácil entender que la disciplina en la escuela, concentrada en el estudio en el aula, sea fuerte y drástica. Sin embargo, los niños de Zapopan tenían entusiasmo por el estudio en contra de la creencia universal de que odian la escuela. Además, tomaban en cuenta todas las actividades escolares y preferían, sobre todo, leer y escribir.

El autor cerró su libro con el tema de la provisión educativa, es decir, la relación entre maestros y padres, quienes como representantes de los niños son clientes de los maestros. Aquí halló que los maestros se distraen de su trabajo debido a las condiciones que tienen y a la falta de cooperación de los padres de familia, ya que hay muy poco compromiso entre padres y maestros con la educación de los niños. El doctor Martín sugiere que haya más comunicación entre unos y otros, pues es fundamental para el éxito escolar, y que los maestros deben tener más apoyo y libertad para trabajar y los padres deben ser socios de los maestros en lugar de criticarlos.

Recomiendo la lectura de este libro, pues todos los implicados en el proceso educativo encontraremos en el texto a las autoridades, la administración, el sindicato, los inspectores, los directores, los padres de familias, los maestros y los alumnos. A estos dos últimos actores, el autor dedicó su libro.

CARMEN CASTAÑEDA

Dora Kanoussi, Stuart Hall, J. Antonio Machuca, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *El zapatismo y la política*, México, Plaza y Valdés, 1998.

La oportuna aparición de este libro tiene crucial importancia ante la estrategia política del gobierno mexicano de reescribir la historia pasada y reciente

sobre lo que significa el EZLN, los acuerdos que firmó, lo que ocurre en Chiapas y a sus indígenas. Ante esta estrategia de conquistar la hegemonía perdida construyendo un nuevo “régimen de verdad”, en el sentido de Michel Foucault:

Lo importante, creo, es que la verdad no está fuera del poder (no es a pesar de un mito del que habría que recoger la historia y funciones, la recompensa de los espíritus libres, el hijo de largas soledades, el privilegio de los que han sabido liberarse). La verdad es de este mundo; se produce en él gracias a múltiples coacciones. Y ostenta efectos regulados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad: es decir, los tipos de discurso que acoge y hace funcionar como verdaderos o falsos, el modo como se sancionan unos y otros; las técnicas y los procedimientos que están valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de quienes están a cargo de decir lo que funciona como verdadero.<sup>1</sup>

Este libro nos ofrece una inmensa acumulación de símbolos y herramientas para realizar una guerra de movimientos discursivos y sus respectivas prácticas articularias y concretar una revolución pasiva en torno a Chiapas y la democratización de México.

El texto contiene una *Introducción* escrita por Dora Kanoussi, cuya incursión en las recientes teorizaciones sobre la conformación de las identidades nos presenta un ensayo complejo, que al igual que el capítulo elaborado por J. Antonio Machuca (“La democracia radical: originalidad y actualidad política del zapatismo de fin del siglo XX”), es insoslayable para pensar la problemática de la constitución de los sujetos políticos; en ambos casos se traslucen diversas corrientes teóricas; Kanoussi señala a Stuart Hall, Machuca a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

Las disparidades teóricas entre las respectivas corrientes sobre la manera de teorizar la identidad de los agentes sociales, tienen un punto en común: ambas mencionan a Gramsci y su noción de “hegemonía”, no obstante, podría argumentarse que en su nueva acepción ya es otra figura conceptual, cuya elaboración es muy significativa para los efectos de explicar la presencia de los así llamados “nuevos movimientos sociales”. Por lo menos parece haber una coincidencia de que la identidad se construye por vía de algún mecanismo de exclusión, en otras palabras, la identidad es producto de su negación por parte del Otro; el antagonismo es la condición sin la cual no podría hablarse de la identidad y su proceso de constitución. Los sujetos sociales construyen—discursivamente—sus demandas, sus objetivos respecto de los Otros, quienes les impiden su plena realización o acceso a ellos, sean “derechos”, “recursos económicos”, “igualdad”, “voto”, “socialismo”, etcétera.

<sup>1</sup> Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder*, Madrid, Alianza, 1981, p. 143.

En la medida en que no hay sujetos sociales preconstituidos, ante la ausencia de un punto, lugar, o estratificación primordial o privilegiado, la lucha por la hegemonía del conglomerado de los símbolos y tareas por realizar puede partir de cualquier punto o sujeto social, y es aquí donde la noción de hegemonía aparece privilegiada como el momento en el que algún agente social intenta dar dirección a las reformas y luchas propias por medio de la incorporación de los otros, cuyo logro y hegemonía dependerá de la mayor o menor posibilidad de crear una serie de equivalencias —diferenciales— entre sus objetivos y las del resto del ámbito político-social (indígenas = derechos = mujer = democracia = socialismo *vis a vis* racismo = exclusión = patriarcado = orden = mercado neoliberal).

Si bien esta teorización es el trasfondo de los dos primeros ensayos, no olvidemos que lo esencial está en la descripción que se presenta, sin censura alguna, de la aparición política, a partir de enero 1994, del agente social en cuestión (el EZLN). Sus objetivos, su propuesta de paz y la firma de los acuerdos de San Andrés con el gobierno mexicano, cuya materialización hubiera iniciado las reformas necesarias para realizar las tareas y superar las condiciones que hicieron posible la lucha armada. Desafortunadamente, el gobierno ha optado por deconstruir dichos acuerdos y a los agentes de intermediación con sus recientes propuestas de ley ante el Congreso.

El capítulo “El EZLN: una historia migratoria. Puente entre lo antiguo y lo moderno”, de Ana María Aragonés, nos describe de manera diáfana la impaciente transmigración cultural y geográfica de las poblaciones que, desde la época colonial, intentan conquistar, poseer y transformar la selva lacandona. Aún hoy podemos decir que presenciamos pueblos, aparentemente marcados por un eterno peregrinaje y búsqueda de un último “asilo” que los libere del estigma de ser “refugiados”. También da fe de que existe desde cientos de años atrás, la concepción de una República de Indios, democrática y autónoma dentro de la diversidad, en las concepciones sociales y políticas de los pueblos indígenas.

Al igual que el capítulo que le sigue (“El zapatismo: la intervención de una modernidad alternativa” de Alberto Betancourt), Aragonés propone que la “modernidad” a la que se oponen los zapatistas es aquella que implica su propia marginación y desaparición existencial. La virtud del ensayo de Alberto Betancourt radica en su nada mundana solicitud de que desechemos nuestro horizonte cultural tradicional para leer e interpretar al zapatismo, lo que nos permitiría ver una opción política y cultural muy distinta para reconstruir nuestra sociedad, de la cual los indígenas forman un elemento primordial. Por eso, habla de una “utopía viable”. No menos perspicaz que Ana M. Aragonés, Betancourt destaca el hecho de que las comunidades sociales

insurrectas en Chiapas han logrado recrear narrativamente su lucha, rompiendo con una concepción moderna o lineal del tiempo; en su imaginario social, sus luchas actuales, así como sus personajes, están reencarnados con antiguos símbolos y hechos del pasado. Inclusive esa convivencia simbólica y social facilitó el “gran secreto colectivo” para la insurrección.

No menos importante es el señalamiento de que el zapatismo tuvo diversas fases “teóricas”, en las que la creatividad social sustituyó ciertas formas dogmáticas sobre la acción social y su control. Se indican, además, las contradicciones del discurso zapatista, pero también su flexibilidad para hegemonizar otras posiciones con su adecuación e incorporación a su imaginario colectivo. Aquí, la interpretación del zapatismo subraya una de sus más elocuentes posturas: su actitud antivanguardista.

Así llegamos al siguiente capítulo, que intenta explicar la estrategia militar del gobierno en Chiapas. En “Las estrategias político-militares del Estado mexicano y del EZLN: seguridad nacional *versus* soberanía nacional”, Juan Manuel Sandoval Palacios demuestra cómo se articula una versión muy específica sobre la “soberanía nacional”, cuyos principios han sido trastocados por los de una visión de seguridad nacional proveniente de la concepción de los Estados Unidos. Presenciamos en México una (¿nueva?) reedición de las estrategias político-militares estadounidenses practicadas por todo el globo, pero ahora bajo su nuevo principio articulador hegemónico por el de la “la prosperidad económica” de la región.

El ensayo no se reduce a un análisis de la creciente militarización de Chiapas. Describe de manera pormenorizada la política exterior y de seguridad estadounidense desde la época del “panamericanismo” hasta nuestros días, que en sus recientes manifestaciones explican, en parte, el comportamiento de México y sus militares y, aún más, la estrategia hoy ya clásica de la “guerra de baja intensidad”, actualmente en proceso en Chiapas.

Lo interesante del texto es el intento de demostrar cómo una concepción de soberanía nacional puede subvertirse a sí misma cuando sus principios se fundamentan en nociones como la de la seguridad nacional, más aún cuando estas concepciones están dominadas por las ideas estadounidenses sobre su seguridad y prosperidad.

En el Apéndice del libro aparecen dos comunicados de la Comandancia General del EZLN, uno conocido a partir del 8 de agosto de 1997, y el otro en junio de 1996, presentado en la inauguración del Foro Especial para la Reforma del Estado en San Cristóbal de las Casas. La importancia de los documentos antes mencionados y su ubicación, me obliga a señalar mi primera crítica al libro. Según mi apreciación, hubiera sido mucho más pertinente obligar al lector a conocer en voz propia a los zapatistas.

Allí hubieran encontrado, sin mediación ni presencia alguna de investigadores (comprometidos con la causa digna de la defensa y construcción de un nuevo orden social para los indígenas y sin la guerra de guerrillas teórica necesaria para contrarrestar las “historias” y “verdades” gubernamentales), las aclaraciones en cada caso de los propios zapatistas sobre su razonamiento y decisión para lanzarse en armas contra el orden político y social que imperaba en su México, en su Chiapas; del porqué eligieron una estrategia militar en la cual se sabían imposibilitados de ganar. Igualmente conocerían sus objetivos y luchas para un México mejor, más justo y democrático, donde queda claramente definida su genealogía simbólica sobre la justicia, democracia y libertad (Zapata), la tierra para el que la trabaja; su historia de México y el lugar que ocuparían en ella; sus referencias identitarias precolombinas así como las de la propia Revolución mexicana de comienzos del siglo, y *last but not least*, sus utopías sociales; un horizonte topográfico social y discursivo que va más allá de los indígenas de México; una delicadeza suprema en el planteamiento de una “autonomía” para los pueblos indígenas, sin menospreciar la integridad de la nación mexicana. Finalmente, encontrarían un gran vacío, pero grato, la del multicitado “Marcos”, cuya ausencia se colma con la insistencia discursiva de luchar por una nueva república y de reconstruir nuevas reglas para la participación política y social de todos los mexicanos.

En este sentido, el libro debería leerse al revés, empezando por el apéndice, donde reinan las palabras de los zapatistas.

Otro de los puntos con los cuales discrepo, es la visión de todos los colaboradores del texto sobre la existencia de la materialización de un proceso “globalizador”. El hecho de que hoy día haya una mayor libertad —desorden— para el capital financiero (“golondrino”), no debe interpretarse como un proceso universal de unificación de las prácticas de producción capitalistas, ni tanto que los capitales de las economías de los tres gigantes (Estados Unidos, Comunidad Europea, Japón) están pensando incorporarse a las economías del “Tercer Mundo”.<sup>2</sup> Cuestionar este supuesto no significa una carencia de nuevas reglas del juego económico internacional, sino que éstas son tan contingentes como las que les precedieron y que existen amplios espacios para cambiar su forma y dirección.

Para finalizar, no quisiera quitar al lector el placer de leer el texto y las propias voces del zapatismo, pero me veo obligado a citar una parte del mismo, el cual tendría un parecido a aquella famosa enciclopedia china de la que habla Borges. Me refiero a la parte en donde los zapatistas nos invitan a

<sup>2</sup> Véase para la deconstrucción del mito de la globalización, Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question (The International Economy and the Possibilities of Governance)*, Londres, Polity Press y Blackwell Publishers, 1996, p. 227.

organizarnos y, como se puede observar, interpelan no sólo a los “pueblos indígenas” y a aquello denominado “sociedad civil” en toda su amplitud y ubicación geográfica, sino además al:

Congreso Nacional Indígena, a las organizaciones sociales, no gubernamentales, y políticas independientes [sic], a los trabajadores del campo y de la ciudad, a los artistas e intelectuales, a los colonos y amas de casa, a los homosexuales y lesbianas, a los trabajadores de la cultura y de la comunicación, a los religiosos y religiosas, a todo México.<sup>3</sup>

Como puede leerse, la referencia y el llamado a una estratificación social y política, aparentemente tan heterogénea, plantea el problema del mecanismo más adecuado para lograr su unificación-representación como voluntad; igualmente sugiere otro fenómeno de índole más general del espectro político: un contexto nacional donde los mecanismos tradicionales de representación política parecieran objetar la presencia “indígena”. Cabe señalar, no obstante, que en los últimos días el PRD asumió la defensa de los Acuerdos de San Andrés.

Por otro lado, esta cita indica que los zapatistas están enterados, al igual que el gobierno, de que los victoriosos escriben la historia y, por lo tanto, de que las verdades y el saber son construcciones y productos de lucha que requieren de una constitución hegemónica y, en consecuencia, de la incorporación-subsunción de gran parte de los agentes societarios. Si el saber es consecuencia de una “guerra de interpretaciones”, como diría Nietzsche, tiene un “carácter perspectivo [...] no deriva de la naturaleza humana, sino siempre del carácter polémico y estratégico del conocimiento. Se puede hablar del carácter perspectivo del conocimiento, porque hay batalla y porque el conocimiento es el efecto de esa batalla”. Parafraseando nuevamente a Foucault, diríamos que la “política es la guerra” por excelencia, “pero continuada por otros medios”.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Citado por los autores, p. 180.

<sup>4</sup> La inversión de la tesis de Clausewitz quiere decir, según M. Foucault:

[...] que las relaciones de poder que funcionan en una sociedad como la nuestra se injertan esencialmente en una relación de fuerzas establecida en un determinado momento, históricamente precisable, de la guerra. Y si es verdad que el poder político detiene la guerra, hace reinar o intenta hacer reinar una paz en la sociedad civil, no es para suspender los efectos de la guerra o para neutralizar el desequilibrio que se manifestó en la batalla final. El poder político, en esta hipótesis, tiene de hecho el rol de inscribir perpetuamente, a través de una especie de guerra silenciosa, la relación de fuerzas en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje [...] Este sería, entonces, el



De manera similar, las recientes cartas y contrarréplicas entre Héctor Aguilar Camín y Luis Hernández Navarro<sup>5</sup> sobre si la “desinformación” viene de una u otra parte, o si la interpretación de la propuesta de ley del Ejecutivo corresponde o no a los Acuerdos de la Cocopa,<sup>6</sup> de si violan o no previos acuerdos, de si uno de los intelectuales es o no democrático, pone en escena (además del ámbito intolerante y antidemocrático en que aún vivimos y que las hace posible),<sup>7</sup> el cuestionable supuesto de que el saber, su “régimen de verdad”, es sencillamente el producto de la representación-correlación de una realidad-objetividad independiente de las perspectivas en lucha.

Del logro y materialización en frondosos códigos de los Acuerdos de la Cocopa, si así ocurriera, no cabe deducir que debemos poner fin a la política como guerra, porque la “aplicación o concretización” de sus disposiciones particulares requieren de la política. Desafortunadamente, las leyes nacen y están hechas de “sangre”, cómo olvidar nuestras grandes leyes de la Revolución mexicana en total desuso. Por ello es que Benjamín Arditi *et al.*<sup>8</sup> han argumentado que la acción de hacer justicia es el espacio de la “indecibilidad” por excelencia, paradójicamente, las “leyes” nunca son suficientes, requieren de la intervención, del acto de la decisión (de la ética), pero de una decisión del momento, cuyos cálculos y contingencia es el ámbito político en que vive el que la toma. Por eso, a pesar de que sólo pareciera que se está aplicando la “ley”, en realidad, según Derrida, se está haciendo en cada caso una nueva “ley”.

CARLOS MALLORQUÍN

---

primer sentido que puede dársele a la inversión del aforismo de Clausewitz. Definir la política como guerra continuada por otros medios significa creer que la política es la sanción y el entendimiento del desequilibrio de las fuerzas que se manifestaron en la guerra. M. Foucault, *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta, 1992, pp. 29-30.

<sup>5</sup> Véase la serie en el Correo Ilustrado del periódico *La Jornada*, marzo 23-25; abril 2, Héctor Aguilar Camín; marzo 24-27; abril 10, Luis Hernández Navarro.

<sup>6</sup> Una discusión de que no lo hace se puede ver en Luis Villoro, *La Jornada*, abril 1 y 2.

<sup>7</sup> Obviamente una lucha desigual: uno de los contendientes perderá su libertad; el otro, sólo “reputación”. Lo insólito es la utilización del procedimiento para extraer verdades-confesiones: la legitimidad de los saberes en torno a ciertos “hechos”, se evaluará por la “credibilidad democrática” o no de su contrincante. Ante la ausencia de ámbitos de debate, cuando suceden, uno de los portaestandartes de la verdad legitimada, soslaya toda posibilidad de una interpretación distinta.

<sup>8</sup> Cfr. Benjamin Arditi, Michael Dillon y Jeremy Valentine, *Polemicalisations*, Edinburgh University Press, 1999 (en prensa).

